

n

Oscar Asiel Rodríguez Álvarez

Aspectos pedagógicos de la filosofía agustiniana

Introducción

La interioridad es uno de los temas más importantes y que distinguen la filosofía agustiniana.

Agustín de Hipona descubrió y se interesó por la interioridad con la lectura de los libros platónicos, así pues, se puede leer en las *Confesiones*: “amonestado por estos libros a volver a mí mismo entré en mi interior guiado por ti.”¹

Se considera que la interioridad, como método de la filosofía, es aquello que está en el fondo de todo el pensamiento de Agustín de Hipona, y que le permite a su filosofía ser aplicable en distintas áreas del conocimiento, por lo que es considerado el primer hombre moderno, el contemporáneo de todas las épocas y de todas las generaciones.²

El maestro interior en la búsqueda de la verdad

Agustín desarrolla el concepto de “sí mismo interior” y lo concibe como un espacio particular del alma, como un mundo interior que contiene imágenes de todo el mundo sensible, pero también contiene la realidad misma de cosas inteligentes. Debido a que ese espacio interior no sólo es individual, sino que el alma busca la verdad eterna, o sea su creador, es más que un mundo privado. Por ende, el “sí mismo interior” se entiende como la capaci-

1 Jaramillo, Roberto, *Agustín de Hipona. La actualidad de un pensador cristiano*, México, ed. Familia Agustiniana Mexicana, 2005, p. 67.

2 Ramírez, Esteban, 2000, *La interioridad como proceso de renovación*, Michoacán, México, ed. OSA, p. 6.

dad para mirar primero hacia dentro y luego hacia lo “alto”. Al contrario de Plotino, Agustín no comienza apartándose de los sentidos, sino examinándolos.³

La filosofía de la interioridad de San Agustín de ninguna manera se queda sólo a nivel biológico y psicológico, sino que va más allá; en palabras del mencionado filósofo: “No salgas fuera de ti, entra dentro de ti mismo porque en el hombre interior es donde se encuentra la verdad”. Es importante ubicar a qué se refiere Agustín por hombre exterior; él toma dicha expresión del apóstol San Pablo (de la fe cristiana que profesaba Agustín), que consideraba que el hombre exterior se corrompe, mientras que el hombre interior se renueva día a día.⁴

La interioridad para Agustín se comprende como descubrir, profundizar y vivir la realidad. La búsqueda con el pensamiento y con la vida que para San Pablo es el hombre interior.

Mientras que San Pablo contrasta el hombre exterior y el hombre interior, San Agustín trata de encontrar la diferencia entre ambos y la forma de pasar de uno al otro, esto lo hace sobre todo en su obra *De Trinitate*. Agustín profundiza en su entendimiento de la interioridad, por lo que incluso opina Hegel que la mencionada es la primera obra que trata sobre la fenomenología del espíritu. Así pues, Agustín explica la necesidad de ir superando los niveles del hombre exterior para poder llegar a los niveles del hombre interior.

Al ir explicando Agustín ese hombre exterior, con su análisis se da cuenta de que todo el ser natural es mudable, es una carrera hacia la muerte o “*cursus ad mortem*”, y que de lo que se trata es de trascender todo lo mudable, es decir, todo lo natural, para poder llegar al hombre interior. “No salgas fuera de ti entra dentro de ti mismo, en el hombre interior se encuentra la verdad, si te encuentras con tu naturaleza mudable trasciéndete a ti mismo”.⁵

La interioridad como la concibe Agustín es una experiencia autodidacta y de primera mano. El camino de la interioridad surge

3 Fitzgerald, A, *Diccionario de San Agustín: A través del tiempo*, Madrid, ed. Monte Carmelo, 2001, p. 740.

4 Cfr. Ramírez, Esteban, *Por los Caminos de la Interioridad*, Aguascalientes, México, ed. OSA, 2000, p. 32.

5 *Ibidem* p. 7.

por una fuerte inquietud: el *quietum est cor nostrum* (*Conf.*, 1,1) que genera una búsqueda incansable de la verdad hasta llegar al encuentro e identificación con Dios.⁶

Para Agustín de Hipona no se trata sólo de trascender a nivel biológico o psicológico, sino trascender los niveles de la moralidad natural.

Como refiere Ramírez, la moral o ética laica se entiende como el buen comportamiento intramundano de las personas, que se refiere a principios universales, pero a principios universales que no van más allá de regular el desarrollo del ser natural del hombre. Se debe trascender ese mundo de la moral natural, dice San Agustín en su obra titulada *Ciudad de Dios*. Para Agustín el hombre debe buscar vivir no conforme a lo mundano, sino conforme a su creador; para él, tanto el epicúreo como el estoico están en el mundo de la concupiscencia, porque surgen de lo que anhela el ser natural. En tanto que no haya trascendencia hacia el creador, no se tiene el hombre interior, ni se llega a la verdad, porque la ética natural no puede responder a la inquietud que el hombre tiene hacia la trascendencia.

El pelagianismo es precisamente ese afirmar que el sano desarrollo del ser natural del hombre basta para la salvación; dese la filosofía agustiniana esto no basta para desarrollar la interioridad.

Por lo tanto, se puede decir que el hombre interior es la orientación del hombre hacia el mundo de la libertad, pero la libertad no entendida como hacer lo que la persona quiera con excesos y sin límites, sino la libertad entendida desde el camino de la razón superior; ahí es donde se da la libertad mayor: la interioridad.⁷

La interioridad en la pedagogía agustiniana

Dice Agustín de Hipona en *El Maestro*: “Quien habla puede ignorar lo que dice y quien escucha, saberlo”, refiriéndose que incluso aquello visto con el alma al no ser visto por sí mismo, no tendrá caso; se podrá ver y oír, pero no servirá de nada, al contrario de cuando lo hace desde la interioridad.

La pedagogía agustiniana plantea que las palabras usadas pueden ser equivocadas para el oyente o pueden ser mal oídas. El

6 Jaramillo, *op. cit.*, 2005, p. 67.

7 Ramírez, *op. cit.*, 2000, p. 9.

hombre, en este caso, puede entenderse como la otra persona en una conversación o incluso un docente que estimula con sus palabras desde el exterior, pero es el maestro interior quien en verdad enseña. A veces se malentiende que al llegar al conocimiento interior desde el diálogo en el exterior se puede suponer que gracias a ello se alcanzó dicho conocimiento, pero no es así.

La pedagogía agustiniana

Para hablar la educación agustiniana es necesario remitirse a los dos conceptos anteriormente explicados de hombre exterior y de hombre interior, es decir, tanto a los aspectos físicos y biológicos como a los propios de la interioridad, a los cuales Agustín presta atención.

En la filosofía agustiniana se hace una distinción entre razón inferior y razón superior; la memoria sensible o adquirida y la memoria espiritual; ciencia y sabiduría; así como entre el maestro interior y el maestro exterior.

Agustín de Hipona, cuando habla sobre educación, señala la importancia de cultivar al hombre interior, a quien se refiere como ese alguien y no simplemente como el conjunto de sensaciones y cuestiones meramente fisiológicas, sino como ese ser cuyas dos dimensiones están llamadas a armonizarse. Además de que ambas son dinámicas, interactúan entre sí. El hombre exterior crece debido a que va adquiriendo habilidades, va madurando en ellas; mientras que el hombre interior se desarrolla por autoexpansión, por esa dinamización y por la luz del maestro interior; en la actualidad los sistemas educativos en muchas ocasiones se limitan únicamente al desarrollo de lo que en términos agustinianos podríamos considerar como mundo exterior. Aunque poco a poco se ha comenzado a distinguir la necesidad de educar en valores, que es la búsqueda de la educación en el hombre interior.

Debido a que el mismo Agustín fue un ejemplo de autoeducación, define posteriormente los objetivos de una auténtica educación, como se describe enseguida.

Educar para la verdad para poder vivir verdaderamente, porque nuestra gran tarea es buscar la verdad, como el mismo Agustín refería en *Los académicos*.

Educación en la sabiduría, pues para vivir la propia existencia de manera inteligente y sabia debe aprender a usar correctamente las cosas temporales.

Educación para la unidad y la comunión, es decir, respetar las adversidades porque así hay unidad, hay pueblo.

Educación para la trascendencia, pues si crees que no hay ninguna otra vida, son más felices los que hoy se encaminaron al anfiteatro.

Educación para el amor, porque el amor es la clave de la verdadera humanidad, como expresa en sus propias palabras: “Ama y haz lo que quieras”.

Agustín de Hipona, con su propio ejemplo, demostró el valor de la educación y este precio fue posiblemente el surgido por su época como profesor. Distingue que son la inquietud, la angustia existencial y el afán por buscar la verdad lo que impulsa a la persona hacia el interior de sí misma y, por tanto, a encontrar la verdad a través del maestro interior.

Además, Agustín prepondera la necesidad de prestar el servicio de la educación debido a que el ser humano necesita de alguien que lo acompañe en el recorrido hacia la verdad; en propias palabras del filósofo: “la obligación de enseñar es una consecuencia del amor a los demás”.

Educación, para Agustín, así como lo fue para Sócrates, es ayudar a dar a luz a la verdad que el hombre y las cosas ya llevan dentro de sí, por lo que la labor del educador, por encima de informar, es la de invitar, suscitar y estimular a provocar el alumbramiento de esas verdades que no son otras que los inteligibles seminales porque es el alumno a quien le corresponde hacer el esfuerzo para sacar a la luz la verdad.⁸

Conclusión

La filosofía agustiniana plantea al educador como el compañero de camino y de búsqueda. Es importante señalar que cuando Agustín se refiere a búsqueda y encuentro de la verdad siempre utiliza el plural “nosotros”, por lo que engloba por igual tanto a maestro como a discípulo en ese recorrido hacia la verdad.

8 Berdon, E., *Elementos Básicos de Pedagogía Agustiniana*, Lima, Perú, ed. Biblioteca Básica Familiar Agustiniana, 2008, p. 52.